

## Peccata mundi

### Pecado

LAURA RESTREPO

Penguin Random House, Bogotá, 2022,  
294 pp.

DICE LA Real Academia de la Lengua Española que “pecado”, del latín *peccātum*, es la transgresión consciente de un precepto religioso, o aquello que “se aparta de lo recto y justo, o que falta a lo que es debido”; por extensión, el “exceso o defecto en cualquier aspecto”. También el diablo. En *Pecado*, de Laura Restrepo, no hay mucho de religión oficial, ni de demonizaciones, ni tampoco de la mirada moralizante que escruta la realidad con los lentes de “lo recto”. Sí hay en cambio algo de reflexión, desde lo narrativo (una narrativa ágil y vibrante, nada encorse-tada), sobre “lo debido”; pero no en el sentido de la heteronomía, de las reglas que nos son impuestas por el ordenamiento jurídico o las convenciones sociales, sino más en el sentido de lo que en un mundo mejor nos deberíamos los uno a los otros, los humanos, por respeto, por afecto, y por reconocimiento de la dignidad propia, y de la ajena.

Tras una ya larga y consolidada trayectoria novelística, con obras que sin duda forman parte del corpus central de la mejor producción narrativa colombiana de las últimas décadas –*La Isla de la Pasión* (1989), *Leopardo al sol* (1993), *Dulce compañía* (1995), *La novia oscura* (1999), *La multitud errante* (2001), *Delirio* (2004), ganadora del Premio Alfaguara, *Demasiados héroes* (2009), *Hot sur* (2012)–, Restrepo lanzó en 2016 este libro (reeditado en 2022) que algunos entienden como uno de relatos y otros como una novela, pero en cualquier caso un artefacto literario poliédrico que comienza y termina con un cuadro: *El jardín de las delicias*, de Jheronimus van Aken, Hieronymus Bosch, el Bosco. Un libro y una pintura: uno de los trípticos más icónicos y fascinantes de la historia del arte europeo, que en los textos de apertura y cierre del volumen, titulados ambos “Peccata mundi”, aparece intrínsecamente ligado a la figura de Felipe II, presentado de algún modo como epítome del ansia de poder y la decadencia, la voluntad de control y el

miedo a la muerte, la obsesión a la vez por lo terrenal y por lo ultramundano.

Esos mismos elementos, combinados de una u otra forma, recorren las distintas historias (siete en total) que componen *Pecado*. Para empezar, la de Irina, Diana y Alma, llamadas las tres Susanas (la Susana Chica, la del Medio y la Susana Grande), y sus estancias vacacionales en el paraíso terrenal de San Tarsicio, que terminó convirtiéndose en uno más de los infernales escenarios de los grupos armados en Colombia. Quizás “Las Susanas en su paraíso” sea la historia más completa, matizada y redonda de todas, con su análisis de las relaciones intrafamiliares, por un lado, y las relaciones interétnicas y de clase, por otro; con su combinación de lo íntimo y lo colectivo, su retrato de los chismes y las acusaciones junto a las risas y los guiños juguetones; con su regocijo por las pasiones del amor, el coqueteo y la lujuria, y la tristeza lacerante al descubrir, desatendida, la silenciosa historia de un amor sutil, callado, condenado a morir ante la rendición de todos frente a la brutalidad de unos cuantos. Con este relato, Catarino Arena se convierte en un personaje para el recuerdo de cualquier lector. Pero están también las historias del amor y el desamor incestuosos de una hija y su padre (Ana y Perucho, Cordelia y Lear, a caballo entre Colombia, Nueva York y Florida) en “La promesa”; la historia de Angelito, Ángel, llamado Arcángel, el adolescente pandillero sin padre de “Lindo y malo, ese muñeco”, que vive entre las barriadas de El Jardín y Las Delicias; la de Luis C. Campos C., Luicé Campocé, y el reencuentro con su amor de juventud, Eloísa, ajados ya ambos por el paso de la edad, desencantados, pero felices finalmente de una nueva oportunidad para despedirse el uno del otro, y de la vida, en “Olor a rosas invisibles”.

Por un lado, *Pecado* es una serie de historias atemporales, en cierto modo universales, que tocan cada una aspectos diversos de las luchas y miserias cotidianas de la existencia, con sus luces y sus sombras. Por otro lado, muchas de estas son profundamente colombianas, arraigadas, por ejemplo, en un contexto social y geográfico tan marcado como el de los Montes de María en “Las Susanas en su paraíso”, o

destiladas en afirmaciones como esta, acerca de la persistente violencia que ha signado la historia reciente del país: “Eso somos nosotros, encantadores y alegres, pero nos matamos los unos a los otros. Ese batiburrillo no hay quien lo maneje” (p. 121). El libro es una reflexión sobre (y un cántico a) la extrema libertad del ser humano, pero también está permeado por un cierto sentido de la fatalidad, una conciencia de las cosas trágicas que ocurren por más que hubiéramos querido y podido evitarlas. Por eso el asesino en serie de “Pelo de elefante”, desde su particular óptica personal y profesional, afirma: “[...] todo encuentro casual es una cita con la muerte” (p. 211).

Restrepo mantiene, como tan a menudo lo hace en sus novelas, una narrativa bella sin ser rimbombante, directa a la par que profunda. Sin embargo, los acercamientos a la cultura pop y al humor socarrón ensayados en este libro a ratos funcionan (como cuando decide titular “Amor sin pies ni cabeza” su relato sobre la mujer que descuartizó a su pareja para poder deshacerse del cadáver a golpe de trayecto de bus), y a ratos rompen el ritmo terso de la narrativa y llegan incluso a caer en el kitsch. Quizás el caso más claro de esto último sea el capítulo dedicado a “el Sírriaco”, el penitente soberbio, donde se mezclan las inspiraciones bíblicas y el tono apocalíptico con el WhatsApp, el arameo con el habla popular colombiana de la Mamantonia, los bombardeos en Oriente Medio con la *Guía Michelin*, los estilistas con el Red Bull, en un *totum revolutum* que no termina de funcionar. Aunque esa misma historia condensa en una sola frase de advertencia lo que probablemente sea el mensaje de fuerza de la autora en este libro, que llega a sugerir que quien “habita en el umbral de la locura” habita quizás también en el de la “lucidez absoluta”. Dice Restrepo: “Se confunde el durmiente: todo en su sueño viene de ida y vuelta. El Bien y el Mal conviven indistintamente” (p. 220).

Y es que, en definitiva, de este libro puede decirse, de algún modo, lo mismo que el libro dice de *El jardín de las delicias*: “[...] rico no en verdades, sino en ambigüedades”, “espectáculo espléndido de su propio misterio” (p. 294). “No hay llave ni clave, solo la Tierra suspendida en su propia incógnita”. Solo la vida en toda su exuberancia,

dolor y contradicción. Pero tras ese reconocimiento casi estoico, casi religioso, de los misterios insondables de la vida, una advertencia del más hondo calado que remata con un llamamiento, ahora sí, netamente ético, moral:

Quizás la verdad oculta que ahora pretende asomar ante las cataratas de nuestra ceguera sea esta: los siete pecados mortales son en realidad ocho. No ver el horror, o verlo y ahí sí, pasar de agache. Dejarse llevar por lo más liviano, ¿puede ser ese el octavo pecado, el que no tiene nombre? (p. 85)

Por todo ello, tal vez pueda afirmarse que *Pecado* es un canto al libre albedrío humano, una mirada llena de compasión por nuestros errores y volubilidades, por las demasiadas veces en que nos herimos los unos a los otros, pero también un llamado claro a permanecer alerta frente a la indiferencia y la crueldad.

**Sergio Colina Martín**